


# DISCURSO

LEIDO

## ANTE EL CLÁUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

en el solemne acto de recibir la investidura

DE

## DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS

POR

D. JOSÉ MURO LOPEZ-SALGADO

LICENCIADO EN LA MISMA FACULTAD.

MADRID

IMPRENTA A CARGO DE JOSÉ FERNANDEZ CANCELA.

Fomento, 13, principal

1863

# DISCURSO

LEIDO

## ANTE EL CLÁUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

en el solemne acto de recibir la investidura

DE

## DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS

POR

D. JOSÉ MURO LOPEZ-SALGADO.

LICENCIADO EN LA MISMA FACULTAD.






MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE JOSÉ FERNANDEZ CANCELA.
Fomento, 13, principal.
1863.

# EL CID,

## CONSIDERADO COMO SÍMBOLO DE TODAS LAS MANIFESTACIONES

### DE LA ACTIVIDAD CASTELLANA

## EN LA EDAD MEDIA.

Los que dicen mal del Cid
Ninguno con verdad habla,
Que el Cid fué buen caballero
De los mejores de España.
(ROMANCERO.)

## ILMO. SEÑOR:

El siglo XI de la historia patria es de grande trascendencia para el porvenir de España: en él se realizan acontecimientos favorables unos y contrarios otros al triunfo de la santa causa que los castellanos sostenian desde la desastrosa jornada del Guadalete, y que debemos bosquejar aquí para conocer con más exactitud al héroe que viene á personificar todo lo noble de nuestra edad media.

En Fernando I se reunen las coronas de Leon y Castilla, y fuertes y unidos dos grandes pueblos, parece que las turbulencias y la guerra van á cesar; pero Fernando, celoso por la tranquilidad y el aumento de sus estados, se olvida un momento de los deberes de monarca, se olvida quizá de su misma historia, y el amor de padre vence los más levantados sentimientos. Despues de incesantes luchas leoneses y castellanos podian dirigir su vista al mismo punto, y Leon y Castilla empuñaban la misma espada para vencer á los mismos enemigos; Fernando rompe el cetro y reparte los pedazos entre sus hijos, division que

dió orígen á grandes desastres y á criminales guerras. Castilla, Leon, Galicia, Zamora y Toro tuvieron desde entonces distintos reyes: Sancho, Alfonso, Garcia, Urraca y Elvira, se miraban frente á frente con sus pequeños Estados. El ambicioso Sancho se cree ofendido por el reparto de su padre, y empieza una guerra fratricida que puso en peligro aquella naciente nacionalidad amasada con sangre de héroes, y que terminó con el más espantoso de los crímenes: el rey castellano muere bajo los muros de Zamora asesinado por Bellido Dolfos, y Alfonso recoge su ensangrentada corona, donde se habian grabado los nombres de Leon, Castilla y Galicia. La política que Alfonso VI siguió durante su reinado no fué nacional; hirió por el contrario las fibras más delicadas del corazon de los españoles; sujeto indignamente á las exigencias del Pontífice, no conocia que el sentimiento tradicional-religioso estaba hondamente arraigado, y no apercibiéndose en un principio de que las concesiones y el apoyo á los monges de Cluny podia traer malos resultados, y advertido más tarde de las pretensiones de Gregorio VII, abre las puertas de sus Estados á la curia romana, y el rito galicano, vencido en pruebas y en juicios, invade la Península con perjuicio de la liturgia mozárabe á que estaban íntimamente ligados los santos nombres de Leandro é Isidoro. La invasion cluniacense, las relaciones de parentesco que unian al monarca con personajes extranjeros, y la venida á la Península de griegos, alemanes, italianos y franceses para ayudar á los ejércitos de Castilla en la conquista de Toledo, poblaron á España de extrañas gentes que protegidas por Alfonso y afincadas en nuestro suelo por las dádivas é inmerecidas recompensas que les prodigó, encendieron el feudalismo y abrieron profundas heridas por donde se derramaba la sávia que debia vivificar el tronco de la jóven nacionalidad. La guerra contra los moros, si no se interrumpe, al menos se descuida, y las conquistas, perdidas ó abandonadas, llegan á ser impopulares por la debilidad de los monarcas.

Los héroes de Covadonga, al desenvainar su espada, levantan los ojos al cielo é imploran el divino auxilio para reconquistar sus altares y su independencia, arrojando del suelo castellano á los enemigos de su Dios y de su patria, y luego, cuando

vencedores ya, tendian la vista sobre el campo de batalla cubierto de cadáveres sarracenos, no dudaban de la elevada proteccion, y á la luz de los fuegos fátuos, veian cruzar con celestiales ejércitos á Santiago y San Millan, cuya intervencion habia dado una victoria y un altar á la religion, nuevas victorias y nuevas tierras á la patria. Los dos grandes sentimientos que entónces nacen, el sentimiento religioso y el sentimiento de la independencia nacional, los conserva vivos el pueblo castellano y necesita solo un brazo poderoso que le saque de su abatimiento.

El hombre que poseyese en alto grado aquellos sentimientos, que con indomable valor protestase de todo lo inconveniente, que con una mano supiese contener el empuje sarraceno y con la otra labrase una nacionalidad, debia ser la personificacion de toda la edad media; á su alrededor, la historia, la literatura, la ciencia toda y todo el arte debian condensarse, y reyes y monges y nobles y plebeyos debian ver en él la encarnacion de sus pensamientos y de sus deseos. Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, reune todas estas cualidades; nace en los momentos en que matando Fernando I á su hermano en Atapuerca, pudo llamarse *Señor de España fasta en Santiago*: vive cuando la desacertada política de Fernando divide el reino entre sus hijos; el Cid encarna la aspiracion de tener una patria *una*; vive, en los momentos en que un crímen pudo hacer dudar de la lealtad y honradez castellanas; el Cid personifica esta lealtad y la lava de toda sospecha: vive, cuando la patria está amenazada de perder el fruto de tantos y tan constantes trabajos; el Cid salva á la patria y humilla á los enemigos: vive en los momentos en que el rito godo va cediendo á la invasion cluniacense; el Cid es la protesta contra el rito galicano y las pretensiones del Pontífice: vive cuando los españoles, conociendo lo importante que les era relacionarse con el resto de Europa, aspiran á llegar al Mediterráneo; el Cid satisface esta aspiracion, y llega á Valencia y la toma; el Cid en fin con poderoso brazo impulsa y adelanta la reconquista de la patria, y engarza nuevos pueblos á la corona de Castilla, abate el orgullo de la nobleza feudal, y destruye las mezquitas de los sarracenos, convirtiéndolas en cristianos santuarios; por eso

el Cid es la personificacion más grande de nuestra nacionalidad, la gran figura qne llena toda la edad media; el lazo que une todas las clases en una misma idea, idea ante la cual no hay grandes ni pequeños, no hay señores ni siervos de la gleba, solo hay españoles que odian el nombre sarraceno y ansian su esterminio. Pero el Cid no pertenece únicamente á todas las clases en general, pertenece tambien á cada una de ellas en particular, porque cada una cree ver en el Cid algo que la es exclusivo, y que le hace más simpático á sus ojos: los reyes admiran en él al fiel caballero que no falta nunca á su señor, y que por el contrario le paga con favores sus agravios; al leal soldado constante defensor de la monarquía y le consideran como el tipo de verdadera nobleza sujeta al rey, y como formando su córte y su más grande garantía de seguridad. Así es que Alfonso el Sábio le pone por modelo á los nobles; y más tarde raya tan alta su consideracion que Enrique IV y los reyes Católicos le llaman el bien aventurado y santo caballero, y Felipe II, á propuesta de un consejo de hombres doctos, pide su canonizacion al Pontífice [1]. La nobleza, por el contrario, altiva, temeraria y antimonárquica [2], halla estas cualidades en el Cid, y se enorgullece con que sean sus ascendientes ilustres nobles, y su mujer la hija de un conde; le ve superior al rey que así lo confiesa; ve en fin al Cid enemigo de la monarquía y amante del feudalismo que quiere señores y no reyes, siervos de la gleba y no hombres libres, castillos y no palacios, que rompe en Francia el trono de un rey, y en España juramenta á otro, y que se atreve al mismo Pontífice y le amenaza [3]. El clero contempla al

---

1 Berganza en sus *Antigüedades de España*, t. I., pág. 393.

2 La nobleza y el rey, si no se odiaban, al menos no eran muy amistosas sus relaciones. Vemos en la leyenda que Diego Lainez dice á su hijo Rodrigo llamado por cartas del rey á la córte:

*Témome d'aquestas cartas que anden con falsedat;*
*E desto los reyes muy malas costumbres han.*

3 En el Romancero hallamos que sabedor el Cid de que el Papa le habia excomulgado:

*Absolvedme, dijo, Papa,*
*sino, seraos mal contado.*

Cid religioso, y admira sus virtudes cristianas, su caridad sobre todo para con los monasterios, y sus sacrificios por el triunfo de la cruz, trabajos y sacrificios que le valen el título de venerable que le da don Gerónimo, Obispo de Valencia [1]. Y por último, el pueblo, el estado llano, vé en el Cid el comienzo de su emancipacion, porque humilla la nobleza, la tacha de cobarde y afeminada, y la confunde en presencia del rey; y porque venciendo á los condes corta y destruye el feudalismo, dando nuevos territorios á la corona real cuyo poder aumenta. Las glorias del Cid eclipsan las glorias de todos los héroes, porque su nombre no es solo de una edad, es de todas las edades; por eso el poeta halla en él manantial constante de inspiracion, y el guerrero español le invoca siempre en presencia del enemigo y ve en él la estrella que guia á la victoria; por eso tambien, mientras aliente en la tierra un pecho ibero, el Cid tendrá un santuario en su corazon y un recuerdo en su memoria.

## II.

La existencia del Cid ha sido objeto de muchas y muy empeñadas discusiones entre notables críticos: las profundas investigaciones que en este siglo se han hecho, disipan todo género de dudas. Las leyendas, los poemas y los romances escritos bajo la impresion inmediata de las extraordinarias hazañas de aquel héroe, ó por poetas que entusiasmados acumulaban en su imaginacion glorias que no existian y portentosos hechos que no tenian realidad ninguna, el deseo de aproximar más y más el caballero castellano al ideal de toda virtud, de toda grandeza en aquella época, y por último, la aficion á lo maravilloso, confundió sin duda alguna lo verdadero con lo fabuloso y lo exagerado. Cada cual recitaba ó escribia lo que la tradicion habia conservado, pero fundiéndolo siempre en su particular modo de ver; de aquí nacen multitud de errores y contradicciones, al través de los cuales hay verdad histórica que percibe solo una crítica

1 Berganza en su obra ya citada, t. 1., pág. 393.

muy delicada, pero que no se ve pasando ligeramente la vista sobre los citados documentos; el proceder de este modo ha llevado á algunos *censores bien rígidos y mal acondicionados* [1] á suponer que jamás hubo tal personaje, que el Cid no existió. Un crítico profundo al par que celoso por las glorias de la patria, ha negado tambien la existencia del Cid: nos referimos al jesuita Masdeu. Si este notable historiador hubiera logrado demostrar que el Cid era una creacion y nada más de las acaloradas imaginaciones de los españoles, todas las glorias de nuestra edad media habrian desaparecido; más aun, la edad media seria para nosotros un enigma; faltando el Cid, no tendriamos un punto donde ver reunidos todos los elementos contrarios y complicadísimos de esta época, y seria imposible determinar su influencia y su significacion en los siguientes siglos. Nadie que en algo estimase lo heróico y grande de su patria al mismo tiempo que la verdad histórica, podia ponerse de parte del jesuita historiador: aparece el tomo veinte de su *Historia crítica de España* y contra él se levantan multitud de protestas. Séanos permitido pasar rápidamente la vista sobre sus páginas.

Masdeu habia leido el libro que con el título de *La Castilla y el más famoso castellano* dió á luz el Padre Risco, basado en una historia latina que halló en la biblioteca del convento de San Isidro de Leon, y cuyo título es *Gesta Roderici Campidocti*. Todo el afan de Masdeu consiste en probar que este documento es falso, y que su antigüedad es menor de la que Risco le atribuye, llegando á poner en duda su buena fé sólo porque él buscó y no halló la tal historia; viniendo á concluir de todo que pues no existen datos seguros y autorizados, cuanto del Cid se cuenta es una fábula que hasta Lucas de Tuy, el Arzobispo D. Rodrigo y Alfonso el Sábio, sólo los juglares hablan del Cid, y que es seguro que aquellos autores recogieron los cantos de estos, trasladándolos desfigurados á la posteridad con carácter de verdadera historia. En los *Gesta Roderici* que Risco puso como apéndice en su citada obra, halla Masdeu errores que le hacen afirmar tambien su falsedad, como el decir que Jimena era nieta de Al-

1 Briz.—Historia de S. Juan de la Peña, lib. III., cap. XI.

fonso VI [1] cuando dicho Rey no sólo no tenia nietos sino ni aun hijos. El historiador crítico que achaca en varios puntos al Padre Risco no conocer el latin de la edad media, prueba con semejante reparo que tampoco él lo conocia. Si bien es cierto que el P. Risco traduce, por ejemplo, la palabra *intrusus encarcelado* debiendo ser *intruso* [2] tambien lo es que Masdeu ignoraba que *nepo* y *neptis* no sólo significa nieto sino *primo-hermano* [3], y así en efecto interpreta Risco tal palabra [4].

Somos los primeros en confesar que no carece de errores la crónica latina del P. Risco, como decir que el Cid no vivió en tiempo de Fernando I el Grande, siendo así que existe algun documento, segun adelante veremos, que prueba lo contrario; pero creemos tambien que Masdeu ó juzgó muy de ligero el libro y la historia latina citados, ó lo que es más fácil escribia contra el P. Risco con mucha parcialidad, pues no hay página de las que á su exámen dedica, en que no califique á la crónica de falsa, sin fundamento, increible, fabulosa, etc., etc., y en que no se dirija á su inventor para decirle que los absurdos y los errores de ella son aumentados y llevados á su último extremo por él en *La Castilla y el más famoso Castellano.*

Son muchas las razones y muchos los escritos que prueban ámpliamente la existencia del Cid; pero en la imposibilidad de examinarlos todos, nos limitaremos á exponer y citar algunos; la más grande prueba la hallamos en las crónicas árabes; estas hablan largamente del Cid y cuentan todos sus hechos ¿es creible que si tal personage no hubiese existido, los cronistas árabes hubiesen hablado de él? creemos que no, teniendo en cuenta que la mayor parte de los triunfos del Cid son derrotas para los sarracenos, los cuales por lo tanto, más que nadie, estaban interesados en desmentir á los juglares y á todos los que de él hablasen. Seguramente los escritores árabes no contarian la conquista de Valencia, y no la llorarian perdida, y no malde-

---

1 *Dominam Eximinam neptem suam* (de Alfonso VI), pág. XXVIII de los apéndices á la Castilla del P. Risco.

2 MASDEU.—*Historia crítica de España* tom. XX., pág. 191.

3 DOZY:—*Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne au moyen-age* tom. I., pág. 320.

4 RISCO.—*La Castilla y el más famoso Castellano* pág. 128 y otras.

cirian al mismo tiempo al Cid, si Valencia no hubiese sido tomada por él: seguramente los cronistas árabes no se desatarian en improperios contra el Campeador, si este hubiese tenido la realidad de una creacion de la fantasía española. Los monumentos que, escritos por castellanos, existen de los siglos próximos al Cid, pudieran tacharse de apasionados, tratándose de un héroe que á tanta altura levantó el nombre español; pero seria absurdo tildar de este defecto á las crónicas árabes. Existe además la fundacion de un Monasterio por Fernando I, y al pié de ella se encuentran multitud de firmas de los más distinguidos caballeros de su reino y entre ellas figura la del Cid: este dato sobre probar que el Cid existió, en cuanto firmaba, prueba tambien que vivió en tiempo de Fernando el Grande, en lo cual, ya hemos dicho, está equivocada la historia latina de Risco. El contrato de matrimonio entre el Cid y doña Jimena escrito en caracteres góticos, y cuya fecha es del 19 de julio de 1074 [1] prueba tambien dos cosas: que el Cid existió, y que casó en regular edad, sobre lo cual no hay completo acuerdo, pues habiendo nacido, como la historia admite, en 1030, su edad era de cuarenta y cuatro años. La crónica de D. Alfonso VII se ocupa tambien del Cid, y despues de hablar de él, aunque con poca extension, dice: que dos años despues de su muerte era objeto de los cantares de gesta; de modo que estaba el cronista tan bien enterado, que hasta sabia el año de su muerte. Y por último, citaremos una crónica francesa escrita hácia el año de 1141 que da algunas noticias del siglo XI, y cuenta que el Cid murió en el año de 1099 [2]. Despues de conocidos estos datos y muchos más de donde nace la verdadera historia del Campeador, negar su existencia es desprenderse de toda crítica.

---

1 Dozy.—*Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne pendant le moyen-age*, tom. I., pág 321.

2 Dozy en su obra ya citada, tom. I., pág. 322.

## III.

En la edad media no hallaremos como en tiempos antiguos y modernos grandes historiadores, hombres que dediquen sus vigilias al estudio de los acontecimientos, y menos aún que se ocupen en juzgarlos; entregados los españoles á levantar su nacionalidad y á reedificar sus altares destruidos por la morisma, no podian ocuparse en profundos y largos estudios, los pocos que, en mejores condiciones que los demás, lo hacian, apénas tenian el tiempo necesario para escribir el resultado de su trabajo, y su opinion sobre los diversos acontecimientos, formando de este modo un cuerpo que pudiera llamarse historia. La de esta edad de transicion , no se halla más que en crónicas, pequeños monumentos alzados para inmortalizar los sucesos principales. Estas crónicas escritas unas en el retiro del cláustro, otras sobre los mismos campos de batalla, y todas por los hombres más notables de la época, habian de resentirse necesariamente de grandes defectos, nacidos del carácter y de las condiciones particulares de sus autores. Las escritas en el silencio de una celda, donde apénas llegaba el eco de lo que en el siglo pasaba, son incompletas: la parte cronológica está casi descuidada, y todo lo que tiene algo de superior, todo lo que parece maravilloso, ocupa con preferencia á esta clase de cronistas, instruidos, si se quiere, pero demasiado crédulos como poco habituados al contacto del mundo. Las escritas fuera del Monasterio por hombres estudiosos, tienen gran pasion por la antigüedad, y quieren fundir en el crisol de aquella época acontecimientos y personages que pertenecen á otra; ó redactadas más de prisa, se contentan sus autores con recoger simplemente el eco de la poesía y las reminiscencias tradicionales, incurriendo en errores y contradiciones. Por último, las escritas por historiadores árabes refieren los hechos con más verdad, pero no hay que buscar en ellos apreciaciones ni razonamientos: *Alá lo ha hecho* [1] es su razon superior.

---

1 CANTÚ.—*Historia universal*, tom. III., pág. 4.

Las crónicas de Lúcas de Tuy y de Alfonso el Sábio, adolecen de uno de los defectos indicados: se cuidan poco de la verdad, y mezclan y confunden las fuentes [1]. La *Estoria de Espanna* de Alfonso X merece particular atencion porque en ella se halla casi todo lo que sobre historia se habia escrito antes de sus dias. Es el Cid en ella mártir como castellano y mártir como cristiano: estos dos caracteres resaltan extraordinariamente; es el tipo de las virtudes caballerescas que se reunen todas en él, pero de las virtudes de la pura y primitiva caballería; leal al monarca como centro de toda unidad, y como antorcha que esparcia su luz sobre los elementos vivos y las aspiraciones nacientes de la época, le defiende siempre con poderoso brazo; su lealtad llega hasta el punto de sufrir con resignacion los agravios de su Rey, con quien no quiere nunca entrar en pelea, y pagar con nuevas conquistas y nuevos dones las ofensas recibidas; es el héroe que levantando al estado llano y rebajando á la nobleza, sabe unir al Monarca con sus pueblos, y crea un poder salvador que ha de acabar con otro poder tirano y egoista; es el humilde y desinteresado castellano que pudiendo ceñir una corona, la rehusa y prefiere llamarse vasallo, que llegando á Valencia no ocupa un trono, y permanece en la ciudad más como gobernador que como señor, y rechaza indignado las proposiciones del Pontífice, sólo porque eran en perjuicio de su Rey. La nobleza no podia sufrir á su lado la potestad real, y cuando el hijo del Rey Sábio, Sancho el Bravo, se subleva y se sublevan los nobles, Alfonso X les presenta al Cid como el tipo de la fidelidad y de la abnegacion.

## IV.

En las crónicas árabes está retratado con caractéres muy distintos; la pasion domina extraordinariamente en ellas; se conoce que el orgullo sarraceno estaba herido en lo más profundo; se

1 La *Historia Góthica* y los demas libros históricos del Arzobispo don Rodrigo son superiores bajo este punto de vista.

conoce que árabes y castellanos, mahometanos y cristianos eran irreconciliables; y desde luego se advierte que el que escribe es el vencido, lleno de cólera contra el vencedor, y que siendo impotente el esfuerzo de la mano sarracena contra aquel coloso, se ansia hacerle despreciable á los ojos de todos y disminuir el honor del triunfo por los malos medios que emplea para conseguirlo. Apénas hay una página de las crónicas que nos ocupan, en que no se trate al Cid de *perro* é infame, y en que hablando de él no se lean los paréntesis «que Dios confunda» «que Dios divida en pedazos» etc. Sin embargo, preciso es decir que donde el Cid se aproxima más á su natural carácter es en las crónicas árabes: nos le presentan pérfido, cruel, tirano, que mata en Valencia á los moros indefensos, y se complace en ver cómo humean sus cadáveres en la hoguera; le presentan infiel á su palabra y por lo tanto poco caballero, pero al mismo tiempo reconocen todos su valor, y dicen que cada dia de su vida fué una batalla, y cada batalla una victoria. Cierto es que algunas de estas cualidades reunia el Cid, pero el Cid para personificar y ser la encarnacion de toda la edad media, habia de ser lo que era la época en que vivia, y la edad media no es tan ideal como se la ha querido presentar; sin que nosotros desconozcamos su importancia y su significacion en el progreso y en la civilizacion del mundo moderno, la edad media y en particular el siglo XI fué profundamente inmoral. Cierto es, y sirva esto de descargo, que el elemento que en su principio penetró en España contribuyó mucho á esta inmoralidad: *la guerra es engañar* decian los árabes [1] y de este principio salian bárbaras consecuencias que ejercieron como toda la civilizacion mahometana su influencia sobre los vencidos. Matar á un moro, dijeron los castellanos, no es asesinato, es una virtud; engañar á un enemigo de la fé de Cristo, dijeron los cristianos, es un mérito que abre las puertas del cielo. El Cid, como todos, debia sufrir estas influencias, y debia vivir segun su época: por eso el Cid reune parte de los caracteres que le atribuyen los cronistas árabes.

---

1 Malo de Molina.—*Rodrigo el Campeador.*

## V.

La poesía, Ilmo. Sr., primera manifestacion de las ideas de todo pueblo niño, no podia permanecer muda en España, y recogiendo los deseos y las aspiraciones de todos, habia de encender con la melodía tosca aún y aún informe de sus cantos, el valor de los defensores de Dios y de la patria contra los enemigos de la religion y de la independencia; y si estas aspiraciones y estos sentimientos, y todo lo que tiende á realizarlos, se personifica en un hombre, se encarna en una sola, pero colosal figura, halla la poesía, volviendo la vista hácia ella, un manantial inagotable de inspiracion y primero en toscos cantos y con desacordado plectro canta la lira castellana por medio de los *juglares de boca* las hazañas del héroe, las glorias y los triunfos de la patria, y luego, entusiasmados todos por el recuerdo, quieren trasmitir á las futuras generaciones ese mismo entusiasmo, y los *juglares de péñola*, tambien con imperfecta lira y basta pluma, cantan y escriben, naciendo así la *Leyenda* ó *Crónica rimada de las Mocedades de Rodrigo* y el *Poema de Mio Cid*, antiguos monumentos de la poesía castellana [1].

Su mérito y su importancia como obras literarias es grande, pero lo es más considerándolos como la historia de aquella época sobre que se escriben y trabajan las crónicas, y donde se halla admirablemente trazada la protesta á que dieron lugar los desagradables sucesos ocurridos en Castilla.

En distintas épocas se presenta al Cid por la Leyenda y por el Poema; así es como muchas veces se encuentran caracteres contradictorios que pudieran inducir á errores [2] si no se tuviese

---

1 Nuestro ilustrado catedrático don José Amador de los Rios en su *Historia crítica de la literatura española*, tomo III, ha demostrado que á las poesías citadas en el texto precedieron *el Libro de los Reys d'Orient*, el poema de los *Reyes Magos* y la *Vida de Madona Santa María Egipciaca*.

A fin de no multiplicar citas diremos que en esta parte de nuestro trabajo hemos tenido presente dicha obra.

2 Cree el señor Durán que en los monumentos referentes al Cid hay dos ó tres figuras de este héroe, sin duda no teniendo en cuenta que la Leyenda

en cuenta que la leyenda precedió al poema, que aquella retrata á Rodrigo en sus primeros momentos, sin fijar bien por tanto sus caracteres principales, y presenta confusos y disformes los elementos que entónces hervian en España, miéntras que el Poema fija ya la verdadera fisonomía del Cid y el estado social de Castilla.

Veamos sobre los mismos monumentos literarios qué es el Campeador en la Leyenda y qué en el Poema.

Desde el momento en que el jóven héroe, que *dose annos avie por quenta*, mata al conde de Gormaz, ofensor de su padre, hasta la espedicion á Paris en que termina la Leyenda, la figura de Rodrigo crece extraordinariamente. El juglar presenta á Rodrigo valiente siempre, siempre invencible: es el hijo esforzado que empieza su carrera militar limpiando el honor manchado de su casa: es el generoso y compasivo guerrero que dá libertad á los hijos del conde Lozano prisioneros, y los entrega á sus desconsoladas hermanas, porque

*Non han culpa las fijas por lo que fizo el padre.*

Es el altivo noble que sospecha del rey y no le respeta, y le cree capaz de matar á su padre, y estimula á los suyos á la venganza, pues

*Non vos pueden desir traydores por vos al rey matar;*

Es el humilde vasallo y esposo que no se cree digno de besar la mano del rey ni de morar con Jimena

*Fasta que venssa cinco lides en buena lit en campo.*

Es el caritativo cristiano que ayuda á vadear el Duero á un leproso. Este leproso era San Lázaro que le augura la victoria. Es el creyente entusiasta que hace que Fernando I visite el tem-

es anterior al Poema y que aquella, presentándole niño, le hace aparecer con caracteres é ideas contradictorias, sobre todo con las del Poema; pero siempre se conserva la unidad de figura, si bien en diversas edades presentada.

plo de Santiago, y se arme caballero del *Padron del Apóstol:* entonces, le dice al Rey,

*E serias mi Señor, é mandarias tu reynado.*

Pero cuando Rodrigo toma un carácter más alto en la Leyenda, es siempre que se trata de defender al rey y á la patria. El de Aragon desafia á Fernando, y miéntras todos los nobles permanecen mudos, Rodrigo se ofrece á salir al campo, despues de ir en romería á Santiago, y vuelto ya, venga á su rey matando al paladin aragonés. La unidad y la libertad de la patria se hallan amenazadas; la espada de Rodrigo defiende la patria y la religion, castiga á los traidores, humilla á los ambiciosos, á sus plantas caen cinco reyes moros y dos condes á quienes logra que perdone el rey *syn arte é syn enganno*; más tarde el emperador de Alemania, el rey de Francia y el Papa se unen y piden á Fernando que se sujete como tributario al imperio. Rodrigo no se asusta; recordando que aquel suelo que pisaba habia sido comprado con sangre de castellanos, que en un instante iba á perderse lo que tantos años habia costado, que España despues de tan sangrientas luchas iba á llamarse la provincia de un imperio, protesta y la guerra está decidida; pasa los Pirineos al frente de un ejército de reyes y de condes y de invencibles soldados, y derrotando y encarcelando al conde de Saboya que se le opone, entrega la hija de este al rey para que en su persona *embarragane á la Francia*, y llegando hasta París, y pidiendo luchar con los *Doce Pares*, y amedrentando al Papa, y retando al rey y al emperador, y despreciando con noble orgullo los ofrecimientos del Pontífice, Rodrigo es ya el depositario y el defensor de la independencia patria; aquel altivo mancebo que defendia la honra de su padre, aquel orgulloso campeon desobediente al rey, ha llegado á ser el guerrero que tiene en su espada la suerte de un pueblo. Ya la gran figura de Rodrigo no cabe en la Leyenda, y empieza el Cid del Poema. Entre aquella y este existe una gran laguna, hay multitud de acontecimientos que no se cuentan, que el juglar no canta, y parece imposible que la musa popular, admiradora de Rodrigo durante el reinado del primer Fernando y de Alfon-

so VI, desde el segundo destierro del Cid, diese descanso á su lira, se olvidase de sus grandes hazañas al servicio de don Sancho, y no se entusiasmase ante aquella protesta de la hidalguía castellana contra el crímen, ante la jura que el Cid tomó al rey Alfonso en Santa Gadea de Búrgos; esto hace suponer que ó la Leyenda habla hasta el momento en que empieza el Poema, ó lo que es más probable, empieza este desde el instante en que la Leyenda que se conserva hoy, concluye. Dejando á un lado este punto, que pertenece más bien á las investigaciones literarias que á las históricas, estudiemos al Cid del Poema.

En el primer momento aparece el Campeador poseido de un gran sentimiento; la maledicencia de sus émulos [1] le ha arrebatado la gracia del rey, y fiel vasallo, sale de su castillo de Vivar

*De los sus ojos tan fuertemente lorando*

El valor del Cid y su altivez eran bien conocidas; sin embargo, obedece y aun teniendo de su parte la opinion de los castellanos que dicen al verle pasar triste y abatido por Búrgos,

*Dios que buen vasalo, si oviese buen Señor!!*

no se enorgullece y marcha á su destierro. En el Poema se observa al Cid en las relaciones domésticas y demuestra en ellas una ternura sin igual: no puede ser más patético el cuadro en que el juglar pinta la entrevista y la despedida del Cid, Jimena y sus hijas; todos lloran y se separan como la *unna de la carne*. El Poema, dándonos á conocer estas escenas de familias, define los caracteres del Cid en la vida privada, y enseña al mismo tiempo la vida interior de aquella sociedad. Vimos en la Leyenda que el Cid recibe la divina inspiracion cuando iba en romería á Santiago, y que el leproso San Lázaro se le aparece

1 Así cuentan los *Gesta Roderici Campidocti*, la acusacion del Cid: *Castellani sibi in omnibus invidentes accusaverunt Rodericum apud Regem, dicentes ei, quod Rodericus non erat ei fidelis vasallus, sed traditor et malus, mentientes, et falso ei objicientes, quod ideo ad Regem venire, et in ejus auxilio esse noluit ut Rex, et omnes, qui cum illo errant, á Sarracenis interficerentur*. Apéndice á La Castilla del P. Risco, pág. XXIX.

en sueños: en el Poema este santo deja su lugar al ángel Gabriel que se le aparece cuando salia desterrado, y como aquel le anuncia la victoria. Nótese de paso que Lázaro y Gabriel no son Santiago y San Millan que con sus ejércitos de ángeles van á proteger á los cristianos, quienes, fuertes ya, se contentan con un simple presagio de la divinidad. En el curso del Poema demuestra su hidalguia el Cid; cuando abandona á Castejon porque se hallaba cerca el rey, y con su señor *no querria lidiar*, cuando despues de la batalla de Alcocer se acuerda en seguida del rey y le manda un don de

*. . . . . . . . . . . treinta cavallos;*
*Todos con siellas e muy bien enfrenados:*
*Sennas espadas de los arzones colgados.*

y cuando vencida Valencia, que era la conquista más importante y más deseada, envia un nuevo don de cien caballos, y más tarde otro. Su religiosidad se nota en varias ocasiones: dirije preces, aun caminando á Santa María de Búrgos, y despues de una victoria no se olvida nunca de mandar decir misas, y envia parte del botin al monasterio de San Pedro de Cardeña. Hay una ocasion en que la lealtad del Cid se pone á prueba; cediendo á la voluntad del rey, casa á sus hijas, aunque *de dias pequennas* y aunque *ellos son mucho orgullosos é han parte en la cort* con los condes de Carrion; y accediendo nuevamente al rey las casa segunda vez con los infantes de Aragon y Navarra. Pero en el Poema y en todo lo que referente al Cid se ha escrito, el carácter que más se destaca es su valor: se apodera de Castejon y de Alcocer, derrota á tres reyes moros con inmensos ejércitos, y llega hasta Calatayud, deshace otra vez una nube de sarracenos, y al conde de Barcelona; toma á Murviedro y mata á dos reyes moros que con inmensas gentes forman á su derredor un anillo de hierro; por último, y como premio de tantas fatigas, entra en la codiciada Valencia.

## VI.

Los romances forman la grande epopeya de nuestra nacionalidad, y sobre ellos se han formado trabajos importantísimos.

Hay una grande exageracion en los hechos que del Cid refieren los romances, de modo que si algunas veces iluminan al historiador, muchas dan lugar á errores y confusiones difíciles de resolver. Ya los romances admiran el carácter impetuoso del Cid en sus primeros años; cuentan que queriendo Diego Lainez, padre de Rodrigo, vengar la ofensa que el conde Lozano le habia inferido, llamó á todos sus hijos, á fin de ver á quién podia encargar de hacerlo; todos ellos rodearon al anciano, y éste, apretándoles fuertemente las manos ó el dedo con los dientes, vió disgustado que pedian socorro y se quejaban del dolor que les causaba; mas al llegar á Rodrigo, éste, encendido por la cólera, gritó y provocó á su padre, á quien solo por ser tal hace *satisfaccion de palabras*. Desprecia el Cid sus pocos años, y enterado por su padre de la ofensa, empuña la espada de Mudarra, desafia al conde y le mata; aqui comienza una série de triunfos que los romanceros cantan y en su entusiasmo le hacen vencedor hasta despues de muerto. Su cuerpo, colocado sobre el caballo Babieca y rodeado de todos sus amigos, sale de Valencia, y el rey Bucar que la cercaba con su ejército, se sobrecoge al verle y sus tropas son completamente derrotadas. El Cid de los romances es más que un héroe, un ser sobrenatural que con su voz sujeta y arrodilla un leon; un ser que en el lecho de la agonía se comunica con San Pedro, llenándose de santa resignacion; es el honrado castellano que conserva incólume su honor, y á quien revive una ofensa, y el vasallo obediente que se deja casar con Jimena, á quien no quiere llegar

*Hasta que las cinco huestes*
*De los moros no vencia.*

Las cualidades del Cid Campeador, si bien análogas á las que en la Leyenda y Poema hemos hallado, aparecen más completas y más extraordinarias: los cuatro versos que el Romancero pone en boca de doña Jimena acaban y fijan la idea que del Cid se habia formado: fué, dice,

*Amparo de los cristianos,*
*Rayo del cielo en la tierra,*
*Azote de la morisma,*
*De la fé de Dios defensa.*

## VII.

Ya en otro lugar hemos anunciado que cada clase de la sociedad castellana en la edad-media, ve en el Cid algo que la es exclusivo. La vida de Rodrigo tiene cierto aspecto legendario-religioso que le da gran consideracion entre los monjes, los cuales, estudiándole en ciertos momentos, ven caracteres distintivos de su clase, y procuran ensalzarle y hasta le veneran. En siglos muy posteriores al XI, perdida ya algun tanto, por el trascurso del tiempo, la memoria de las proezas del Cid que son los más bellos trofeos de nuestra nacionalidad, en época en que ardian las hogueras de la Inquisicion, y se apagaba la libertad, el Cid era tenido por santo; no es de estrañar pues que en sus mismos dias, por decirlo así, viese el monge en el Cid más que un héroe, un enviado de Dios para defender la religion y ser el modelo de los cristianos. Por otra parte, aficionada la clase monástica más á lo maravilloso que á lo real, recoge y ensalza en el Cid todo lo que hay de extraordinario en su vida de cristiano más que en su vida de español. San Lázaro, el ángel Gabriel y San Pedro le protegen: el Cid merece la divina proteccion, y sobre esto se insiste por los monges y se exagera todo con fines particulares.

Las Leyendas de los santos en esta época son tan exageradas, que el legendario no tiene inconveniente en presentar la vida de un santo superior á la de Jesus [1], solo por el afan de acercar más y más el santo al ideal de toda perfeccion; esto mismo sucede con las Leyendas monacales de los héroes; por el deseo de aproximar el Cid al ideal de perfeccion que entónces se imaginaba, abultábanse sus hazañas, causando graves daños á la verdad. Además, el monasterio de San Pedro de Cardeña merecia gran consideracion al Cid: allí vivió doña Jimena y sus hijas, allí descansó Rodrigo en varias ocasiones, allí mandaba

1 Es notabilísimo sobre este punto el libro de Mr. A. Maury titulado: *Essai sur les legendes pieuses du moyen-age.*

siempre parte de lo que cogia á los enemigos, y á san Pedro y santa María de Búrgos dedicaba sus oraciones: el mismo san Pedro le dió las gracias por su generosidad, y san Pedro le dispensaba amparo y consuelo; los monges de este monasterio, que dicho sea de paso, eran verdaderos señores feudales, «solitarios entre ejércitos de esclavos» como con referencia á otros habia dicho San Gerónimo [1], no podian menos de alabar al héroe que tal predileccion les mostraba, y de exagerar y admirar más particularmente todo aquello que se referia á ellos ó á las virtudes cristianas. El hecho de haber ayudado el Cid á pasar un rio á San Lázaro disfrazado de leproso, y haberle dado la mitad de su capa como San Martin se la dió á Cristo, habla muy alto de la caridad del Campeador. El haber recibido las inspiraciones de San Lázaro, de Gabriel y de San Pedro, y el hecho de haberse estremecido su cadáver cuando la torpe mano del judio osó llegar á su barba, le presentan como un ser semidivino, á quien el cielo no abandona, y por el contrario auxilia constantemente: sus luchas con los sarracenos y sus victorias sobre la mahometana grey, le dan el carácter, en las Leyendas que nos ocupan, del más grande defensor de la religion. Los monges de Cardeña alaban la generosidad del Cid para con el monasterio; y la marcada insistencia sobre este punto prueba que los legendarios se proponian un fin particular: el escitar más y más la caridad. El Cid, admirado por todas las clases, no se separaba de la memoria de ningun castellano, y apareciendo en las Leyendas de los monges como el ideal del cristiano, todos aspiraban á imitarle en lo posible, y de este modo las limosnas ofrecidas al monasterio crecian. La crónica de San Pedro de Cardeña dice: que en aquel monasterio están las restos del Cid y de su esposa.

## VIII.

Los poetas que hallan siempre en el Campeador un venero inagotable de inspiracion, habian de presentarle necesariamen-

1 Cantú.—*Hist. universal*, t. II., pág. 880.

te en el Teatro; por otra parte el pueblo al concluir la edad-media no se contentaba con oir hablar y contar las crónicas, los poemas y los romances del héroe castellano; era preciso que le viese y de cerca admirase sus cualidades en el hogar doméstico y en la vida pública; necesitaba estudiar sus ademanes y oir su voz; necesitaba verle delante del Rey, delante de la nobleza y al frente de los ejércitos; el Teatro satisface esta necesidad, en él aparece el Cid. El espíritu caballeresco habia degenerado extraordinariamente: Cervantes se encarga de ridiculizar á los caballeros andantes y á los famosos libros de caballería, y Guillén de Castro en el Teatro presenta al Cid tipo de la pura y verdadera caballería. Al lado del *Quijote* nacen las *Mocedades del Cid y las Hazañas del Cid*, obras dramáticas que habian de tener grande éxito, aparte de su mérito literario, porque solo el nombre del Campeador arranca aplausos. Del Teatro español pasa el Cid, si bien algo trasformado [1], al Teatro francés y «las proezas del primer héroe de España, encuentran en el primer génio dramático de Francia un cantor entusiasta» [2]. Corneille, el autor de la *Medea*, cree digno al Cid de su lira, y escribe la tragedia *El Cid* la más rica joya de su corona de poeta [3]. Otros llevaron tambien al Cid al Teatro, y aunque imitando unas veces á Guillen de Castro y traduciendo otras á Corneille, *El honrador de su padre*, de Diamante, merece citarse. Todas estas obras vienen á completar y á idealizar más y más la gran figura de Rodrigo Diaz que hemos visto nacer en la leyenda de sus *Mocedades*, crecer en el Poema y desarrollarse en los romances. Por esto el Cid del Teatro ha de tener menos verdad histórica que el de las anteriores composiciones; el Cid del Teatro es más que el Cid de la historia; su personalidad no es la personalidad de

1 Nos remitimos en esta parte á la obra de Mr. Puibusque, titulada *Histoire comparée des litteratures espagnole et francaise*, tom· 2.°. capítulo 4.°

2 Amador de los Rios, tom. 3.°, pág. 53 de su *Historia literaria*.

3 Corneille imitó en gran parte á Guillen de Castro y en ciertos pasages le tradujo casi al pié de la letra; sin embargo, es *El Cid* una obra maestra teniendo en cuenta que si Corneille imitó mucho, tuvo que crear tambien muchísimo, y en vano, dice Mr. Adolfo de Puibusque, Desfontaines, Chevrau y Chillac tuvieron la pretension de completar *El Cid* de Corneille.

un hombre, es la personalidad de un semidios. Todo lo que de bueno hemos visto hasta aquí, todo lo reune Rodrigo de una manera inimitable, apareciendo tambien más pensador y más preocupado que nunca; en las poesías le hemos visto tomar denodadamente la valiente espada de Mudarra y marchar en seguida á lavar el honor de su casa; en el Teatro, antes de dar este paso, sufre una lucha interna recordando que el ofensor es el padre de su amada.

## IX.

Rodrigo el Campeador personifica la edad media, pero es más grande que esta época, y por eso mayor es su valor y más grande tambien su consideracion. El Cid realizaba lo que entre los españoles no era más que un deseo que no se figuraban ver nunca convertido en hecho: por eso al contemplarle se esperaba que iba á llevar á cabo lo más difícil: y cuando vivia, los españoles pensaban que era el destinado á espulsar para siempre del patrio suelo la infernal morisma, y á levantar los cristianos altares de toda España, confundidos y enterrados bajo los escombros de los templos, y luego, cuando el Cid muere, los castellanos le recuerdan, sus hazañas se escriben, y presentándole como el tipo de toda perfeccion, todos aspiraban á imitarle en algo, y con la vista fija en su figura, los buenos marchaban hácia él, ideal de toda virtud como sér perfecto. Un Rey que hubiese obrado como el Cid, que hubiese sido lo que el Cid fué, jamás hubiera alcanzado tanta popularidad, jamás hubiese sido el ideal de los castellanos. El Rey, por ser Rey, debia defender la patria y la religion, debia impulsar la reconquista, debia mandar los ejércitos y sufrir el rigor de las estaciones, por el bienestar y el aumento de sus pueblos. El Rey, por ser Rey, debia guardar como sagrado tesoro la honra nacional, debia protestar de toda injusticia, de todo agravio; debia tener siempre fija la vista en las fronteras, y desenvainada la espada para oponerse á toda invasion extranjera, conservando la independencia de sus pueblos: en una palabra, el Rey debia ser héroe. El Cid no ostentaba co-

rona real, no empuñaba un cetro, ni sujetaba su cintura el dorado cintillo; era un hombre oscuro, salido quizá de entre el polvo de la gleba, y sin embargo se constituye en defensor de la religion y de la patria; era el brazo que trabajaba una nacionalidad y la sostenia contra el ataque de los enemigos; era el héroe que habia logrado elevar el pabellon castellano sobre las almenas de Valencia, y habia abierto las puertas del Mediterráneo al comercio y á la industria españolas. Muerto el Cid, Valencia se pierde, entonces los castellanos se acuerdan de él, y le lloran como al único sér capaz de dominar á los sarracenos y el unico mortal que, sin la obligacion de un Monarca, llega á ser tan grande por su abnegacion; por eso es el ideal de los españoles, por eso durante su vida los españoles pensaban en el dia de su muerte, y muerto ya, en los dias de su vida; por eso el vate castellano le canta hoy y le cantará siempre, y donde quiera que de libertad ó de independencia nacional se hable, hoy y siempre será repetido su nombre, y se escribirá en todas las protestas contra la tiranía y el despotismo.

## X.

La hazañas y la vida toda del Cid fué alterada en su verdad por la imaginacion, con fábulas y exageraciones que le dan un carácter más ameno para la generalidad de los lectores ó de los oyentes, pero que ocasionan un gran perjuicio á la historia, y profundo disgusto á los amantes de la verdad. Entre tanto documento, no podriamos nosotros sacar lo verdadero y presentar al Cid de la historia, si notables escritores no nos ayudasen con sus obras y nos suministrasen la mayor parte de los datos [1].

---

1 En 1849 apareció la obra de Mr. Dozy titulada *Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne au moyen-age*, y diez años despues *Le poeme du Cid* de Mr. Damas Hinard: el primero profundo investigador, depura, mejor que otro alguno, la verdad histórica del Cid y la presenta en un eruditísimo trabajo; el segundo sigue generalmente á Mr. Dozy en lo púramente histórico de su libro. Ambos autores hemos tenido presentes en esta parte.

Nada sabemos sobre la ascendencia del Cid que pueda admitir la crítica como verdadero, pero sí que nació en el año 1030; contaba quince años cuando Fernando I lleva sus armas á Portugal, y el Cid es uno de los caballeros que le acompañan y que más se distingue; esta es la primera vez que Rodrigo desenvaina su espada, y nótese que principia su carrera de guerrero, no como dicen los poetas, matando al conde de Gormaz en defensa del honor de su casa, sinó sacrificándose por el aumento y estension de la nacionalidad española. Un acontecimiento muy trascendental viene á proporcionar al Cid nuevo campo donde probar su valor y su amor á la patria. Fernando, que habia logrado realizar la unidad castellana, divide el reino al morir entre sus cinco hijos que serán Monarcas de cinco Estados. El Cid se pone al servicio del hijo mayor de Fernando, Sancho Rey de Castilla, que viendo un agravio en la division hecha por su padre, quiere conseguir por la fuerza de las armas lo que la arbitrariedad le habia negado; dirige las tropas contra sus hermanos, y el Cid arranca la corona de Leon á Alfonso, la de Galicia á García, y á Elvira la de Toro, añadiéndolas todas como magníficos florones á la del Rey de Castilla. Sólo quedaba por conquistar Zamora donde se levanta el trono de doña Urraca, allí dirige sus armas el victorioso Sancho y al pié de sus murallas Bellido Dolfos le asesina; el Cid persigue al matador y no le alcanza; entónces se pone á la cabeza de las huestes castellanas, y poseido del más profundo sentimiento permanece indeciso, cuando oye decir que Alfonso, el destronado leonés, se prepara á recoger la herencia de su desgraciado hermano; todos sospechaban que hubiese tenido parte en la muerte de D. Sancho, pero todos bajaban la cabeza ante Alfonso, cuando el Cid, más valiente que ninguno, se levanta en Santa Gadea de Búrgos á poner en claro la honra y la hidalguia castellana; pide y exige al Rey que en sus manos jure no haber intervenido en el asesinato infame de su hermano y despues será Señor de aquellos pueblos. Jura Alfonso, pero le ofende la altivez del Campeador, y aunque por el momento oculta su ira y le casa con Jimena, hija del conde asturiano D. Diego, y prima hermana suya, estalla por fin, y es desterrado el Cid, sin que se sepa la causa inmediata ó más bien el pretesto. Habia perdido Rodrigo la gracia del Mo-

narca, ya no tenia ejércitos numerosos que mandar y su espada no podia permanecer quieta. Va á buscar riquezas y gloria al lado de Al-Montamin de Zaragoza, y con él hubiera permanecido, si D. Alfonso, su Señor, no hubiese pedido el auxilio de su brazo para llevar á cabo la conquista de Toledo. En esta campaña, más que en las anteriores, demostró el Cid tal arrojo, tal valor y tal conocimiento de la guerra, que el Rey, ya fuera por recompensarle, ó ya para alejar de él toda sospecha de enojo, le nombró príncipe de la milicia toledana. Poco tiempo despues ocurre la invasion de los almoravides, y Alfonso para defenderse llama al Cid; el Cid viene, pero tarde; entonces los consejeros del Rey, envidiosos enemigos del Campeador, buscan en la tardanza un pretesto para enemistarle nuevamente con Alfonso, y acusándole de traidor, logran que por segunda vez le destierre y le despoje de sus riquezas. Pobre el Cid, se hace aventurero, y pasando sobre Orihuela, Játiva, Denia y Tortosa como una nube de fuego, llega con sus gentes á Mora y la ocupa. El conde de Barcelona estimulado por los árabes, lleva con ellos sus armas contra el Cid, y cerca de Calamocha cae aquel prisionero en sus manos, si bien obedeciendo á un generoso sentimiento le pone luego en libertad. Con tan repetidas victorias el nombre de Rodrigo se hizo temible y todos buscaban ya su alianza. Los almoravides matan á Al-Kadir; el Cid quiere vengar la muerte de su amigo, y talándolo todo y apoderándose del campo de Burriana, llega á los muros de Valencia, hace tributarios á sus habitantes, y viendo que los almoravides se unen con los valencianos para defenderse, se decide á sitiarla, y á mediados del año 1094 Valencia abre sus puertas al castellano que entra triunfante, muriendo allí mismo en el año 1099.

Por esta breve narracion histórica vemos que el Cid es valiente, que es fiel á su Rey, á quien sirve siempre que le llama; vemos que constituyéndose en Santa Gadea de Búrgos el intérprete de los sentimientos de los castellanos, personifica el Cid la lealtad de aquellos tiempos, y es el brazo que sostiene la terrible lucha de los cristianos contra los mahometanos. Las circunstancias se presentaron favorables para que fuese más brillante su gloria; ya el imperio árabe habia perdido gran parte de su fuerza; ya Toledo, Zaragoza, Valencia, Sevilla y Córdoba no es-

taban unidas, eran otros tantos pueblos independientes mandados ó gobernados por señores independientes tambien, y esta division presentó á los cristianos más fácil la reconquista; esto no disminuye en modo alguno las hazañas del Cid, que debemos considerar como la inmensa figura que con una mano levanta una nacionalidad y con la otra empuja á sus desiertos de África á los sarracenos. Por eso el Cid, ideal de los españoles, es llamado por el soldado en su auxilio y, como los vencedores de las Navas, le ve cruzar el campo de batalla seguido de invencibles ejércitos. El Cid no ha muerto ni morirá nunca; su nombre da valor y entusiasmo á los españoles y, como al leon de las poesías, su voz, que es la voz de todos los valientes, aterra y humilla á la morisma; su fama eclipsa la fama de todos los guerreros, y en el panteon de los héroes su figura sobresale; es el gran Aquiles español que «no tiene un Homero individual, pero, cuyo Homero es todo el mundo».—He dicho.







